

EL

en el corazón

Fernando Serrano Migallón

MEMORIAS
Editorial
Bon
Art



Hurgar
en el
corazón

Serrano Migallón, Fernando
Hurgar en el corazón / Fernando Serrano Migallón. -- Ciudad de México : Bonilla Artigas Editores, 2026

488 pp. ; 15 x 23 cm. -- (BonArt)
ISBN 9786072625655 (impreso)
ISBN 9786072625662 (ePub)
ISBN 9786072625679 (pdf)

1. Refugiados políticos - México - memorias.
2. Españoles - México - vida social y costumbres - siglo XX, Lt.

LC: F1392.S7 S

DEWEY: 325.2109460972 S



Hurgar en el corazón

Primera edición: 30 de abril de 2026

De la presente edición:

D. R. © 2026, Fernando Serrano Migallón

D. R. © 2026, Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.
Hermenegildo Galeana #116, Barrio del Niño Jesús,
Tlalpan, 14080, Ciudad de México, México
editorial@bonillaartigaseditores.com.mx
www.bonillaartigaseditores.com

ISBN: 978-607-2625-65-5 (impreso)
ISBN: 978-607-2625-66-2 (ePub)
ISBN: 978-607-2625-67-9 (pdf)

Cuidado de la edición: María Del Valle Castillo
Responsable de la colección: André Urzúa Plá
Diseño de portada: D. C. G. Jocelyn G. Medina
Diseño editorial: Teresita Rodríguez Love

Impreso y hecho en México / Printed in Mexico

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de los editores.

Fernando Serrano Migallón

Hurgar en el corazón

MEMORIAS
Ediciones
**Bon
Art**



Contenido

Autobiografía en plural <i>Enrique Serna</i>	11
Presentación <i>Fernando Serrano Migallón</i>	15
Gracias a la vida	17
Recuerdos en ausencia	21
Origen sin raíces	29
Nacer en ausencia	39
El largo camino hacia la integración	51
Se hace camino al andar	69
Solo frente al mundo	97
Trabajo y más trabajo	141
Entreactos	289
Prohombres	301

Procosas	419
Compañeros de búsqueda	457
... Y llegamos al tiempo que fenecemos	469
Índice onomástico	473

*México desde tiempos inmemoriales ha sido crisol de razas,
cruce de culturas y hogar para todos aquellos
que han pedido protección y asilo.*

Autobiografía en plural

Los funcionarios públicos de carrera han sido durante décadas los pilares de las pocas instituciones que funcionan en México, pero como suelen ocupar un discreto segundo plano, para no hacer sombra a los políticos, sabemos poco de sus vidas, de su entorno familiar, de sus predicamentos para abrirse camino en una profesión llena de obstáculos y de los horizontes intelectuales que algunos de ellos se han abierto para ser ciudadanos del mundo. Las memorias de Fernando Serrano Migallón contribuyen a llenar esa laguna, y quizá los historiadores del futuro encontrarán aquí un rico material para entender cómo se movían los engranajes de nuestro Leviatán en el último tercio del siglo XX y comienzos del XXI. A Serrano le tocó vivir el ocaso del antiguo régimen y la transición a una democracia que tal vez haya muerto ya. En todos los puestos que ocupó, algunos muy importantes, empleó sus conocimientos y experiencias al servicio de la sociedad, sin afiliarse a ningún partido. Su testimonio es valioso porque defiende un principio ético en vías de extinción: la voluntad de enfrentarse a los grandes problemas nacionales con inteligencia y honradez, aunque eso vaya en contra de la propia conveniencia.

La mayoría de los memorialistas escriben con el yo por delante, pero en esta autobiografía más bien predomina el nosotros, no porque Serrano tema verse al espejo, sino porque los padres, los hermanos, los maestros, los condiscípulos, los amigos de distintas épocas y hasta los enemigos embozados o declarados ejercieron una influencia decisiva para delinear sus señas de identidad. No pretende ser un ser excepcional, sino alguien que ha procurado aprender lo mejor de los demás. Tal vez por eso no ha escrito un autorretrato, sino un álbum de familia en el sentido más amplio de la palabra, donde las tribus a las que ha pertenecido desempeñan un papel protagónico.

En primer lugar, *Hurgar en el corazón* enriquece la historia del exilio español en México, desde la perspectiva generacional de los hijos de refugiados que sólo vivieron vicariamente los horrores de la guerra civil, pero traían a España en el corazón, como diría Pablo Neruda. Durante la infancia y la adolescencia, Serrano vivió un tanto enclaustrado en esa comunidad, sintiendo que no encajaba del todo en su patria. Las páginas en las que refiere ese desajuste psicológico revisten especial interés, pues reflejan las angustias de un muchacho inadaptado que no atina a conciliar ambos mundos. Como muchos exiliados, sus padres creyeron que podrían volver a España al término de la Segunda Guerra Mundial, y quizá por eso tendían a encerrarse en una vida social endogámica. Nacido en México, desde la adolescencia Fernando Serrano se dio cuenta de que él no podía vivir así. En la UNAM, a la que ingresó en 1965 para estudiar Derecho y luego Economía, encontró un ámbito pluriclasista donde pudo integrarse de lleno a la vida mexicana y trabar contacto con algunas de las mentes más lúcidas del país. Tal vez por eso estableció con la

comunidad universitaria un lazo tan fuerte como el que lo unía a su familia biológica.

Profesor con medio siglo de experiencia docente, abogado general de la universidad, y dos veces director de la Facultad de Derecho, buena parte de su carrera ha transcurrido en el ámbito académico. Los interesados en conocer las entrañas de nuestra máxima casa de estudios entenderán mejor su funcionamiento después de conocer las difíciles coyunturas políticas en las que Serrano la defendió de amenazas internas y externas. Si bien hace algunos ajustes de cuentas con rectores y burócratas encumbrados que le dieron la espalda por caprichos autoritarios, sus memorias son por encima de todo una declaración de amor a la docencia. Como los sabios del mundo nahua, que enseñaban a sus pupilos a tener una cara, es decir, un alma diferenciada, Serrano sostiene que la formación universitaria debe proponerse, por encima de todo, identificar las mejores cualidades del alumno para permitirle desarrollarlas. El magisterio es una de las mayores satisfacciones de su existencia, y al mismo tiempo, la mejor manera de pagar lo que sus maestros le dieron. Fiel al principio básico de la *paideia* griega, resumido por Píndaro en la frase “transformate en lo que eres”, su empeño ha consistido en extraer el máximo potencial de cada estudiante sin imponerle ningún corsé doctrinario o metodológico.

La integración de Serrano a la vida mexicana nunca significó una ruptura con su herencia española. Se podría decir que en estas páginas ha logrado al fin resolver plenamente el conflicto existencial de su adolescencia, cuando sentía que no era de aquí ni de allá, pues en la última parte de sus memorias hilvana un conjunto de medallones donde retrata a los personajes más notables del exilio, desde los altos jefes del

gobierno republicano (Prieto, Negrín, Azaña) hasta los humildes oficiales del ejército o los funcionarios menores que se las vieron negras para sobrevivir en México. El “nosotros” de Serrano abarca más de dos países, pues también tiene un fuerte vínculo afectivo con Francia, donde hizo un doctorado en los años 70. Como en los juegos infantiles donde los niños gritan: “Uno dos tres por mí y por todos mis compañeros”, para salvarse de un encantamiento que los paraliza, Serrano intenta rescatar del olvido al conglomerado de seres que forjaron su enfoque de la existencia. Se trata, pues, de un memorialista que se dispersa entre los demás para ensanchar los límites de la experiencia individual. Sus buenas compañías lo definen mejor de lo que él podría definirse a sí mismo.

Enrique Serna

Presentación

La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.

Gabriel García Márquez

Somos recuerdos, emociones, afectos y olvidos. Esta amalgama nos constituye. Al volver la mirada nos damos cuenta de la infinidad de cosas por las que hemos pasado. Los recuerdos de estas experiencias no siempre son fieles a la realidad. Aun así, son verdaderos. Son ciertos para nosotros. Lo son para mí, al menos.

Quiero hacer memoria de lo que recuerdo, o cuando menos de lo que es importante. No pretendo escribir historia, ni la real —no podría— ni la personal. Quiero dejar constancia de una época, de *mi* época. Quiero describir mi paso por el tiempo.

En esa época junto a ella está mi entorno: nací en la Ciudad de México en la cual actualmente vivo aunque aquella ya no exista, era una ciudad alegre dinámica, acogedora, vital; pero la explosión demográfica, la falta de planeación, el desinterés burocrático y la corrupción urbana pública y privada

acabaron con ella; en el espacio en el cual se asentaba actualmente hay un una mezcla anárquica de agresión, inseguridad y angustia que impiden la vida sosegada que tuvo en el pasado; sin embargo aquí he pasado toda mi vida, aquí he tenido mis mayores cariños y afectos. En esta ciudad conocí y me case con mi esposa, aquí me he desarrollado, he conocido a mis profesores, de aquí son mis amigos y aquí convivo con mis alumnos por eso sigue siendo mi entorno y el núcleo de mi vida.

Fernando Serrano Migallón
Otoño 2025

Gracias a la vida

Nuestra conciencia rara vez nos deja. Está ahí durante el día: sombra corta —un manchón solamente— mientras duran los quehaceres; sombra larga que se arrastra por la tarde, sombra de las sombras cuando es de noche. Condición de la existencia racional, aparato de proyección del sujeto y, a la vez, proyección suya. Solo por la noche, acaso, se separa. Cesa la vigilia y su luz se ausenta durante un tiempo sin tiempo, unas horas y una eternidad.

La conciencia en mi caso ha sido un juez implacable que escruta sin cesar, interviene, critica y, esporádicamente, reconoce lo que he hecho. Mi conciencia me pregunta sobre el camino andado: si ha sido relevante o no, si reviste interés para mí o para otro.

Al llegar a los setenta y cinco años, tres cuartos de un siglo —se dice pronto—, estas dudas aparecen de manera viva y vehemente. ¿Tengo algo que contar? ¿A quién puede interesar?

El año 2020 fue especialmente importante para mí. Cumplí esa edad. Una larga vida, sin duda. Cumplí cincuenta de haber obtenido el título de licenciado en derecho, y cuarenta y cinco de impartir clases. También en 2020 se extendió por el mundo una enfermedad que nos obligó a todos a un duro confinamiento. La pandemia causó estragos y dejó mucho

dolor. Nada bueno nos trajo, nada salvo una concepción diferente del tiempo. En el aislamiento impuesto, hice aquello que a pesar de que siempre me ha gustado, no le podía dedicar el tiempo que deseaba: leer, estudiar, escribir.

Ese año terrible fue para mí particularmente triste. Falleció mi hermano Francisco, el mayor varón de los seis que alguna vez fuimos, y me dejó solo, completamente solo. Hacía mucho que mis padres ya no estaban, lo mismo que las mayores mis hermanas, y uno a uno los demás se habían ido. Solo quedo yo con vida.

Una epidemia que pendía con su filo sobre todos. Una muerte particularmente triste. Mi propia edad. Esta encrucijada de circunstancias atizó el deseo de reagruparme, hacer frente a mi memoria y, con el saldo de las satisfacciones y los sinsabores, caminar el tramo faltante.

Desde luego, con mucha sinceridad, sin tratar de distorsionar nada de lo narrado, sin vanagloria, pero sin falsa humildad, sin adulación, pero sin inquina para con nadie. Con honradez porque de otra manera la tarea carecería de sentido.

El ser humano nace y muere repetidas veces. Se puede decir que la vida está hecha de pequeñas vidas que retoñan, crecen, se esparcen y terminan, entrelazándose. Con el paso del tiempo y al volver la vista atrás, como decía Machado, se ve el camino que nunca se volverá a pisar, y se cae en cuenta de que ha habido capítulos que en sí mismos podrían ser una vida.

Dos impulsos de distinta índole dan forma complementaria a la existencia humana. Uno es el proyecto vital, como lo llamaba Ortega y Gasset. Otro, la trayectoria histórica. El primero es la dirección que de manera consciente, racional e intencional nos trazamos, es una suma de aspiraciones, sueños y planes personales, producto de las acciones que llevamos a

cabo para urdir el futuro, así como de las circunstancias propias y familiares. Resulta de la voluntad, el trabajo y las decisiones que vamos tomando. Busca la satisfacción y la autorrealización.

La trayectoria histórica, en cambio, es como una gran corriente en la que discurre el hilo de la persona. Ortega y Gasset se refiere con esto al contexto general, a las fuerzas seculares que moldean la existencia individual. Esta trayectoria mayor incorpora factores históricos, culturales y sociales que ejercen una influencia y tienen un impacto en el sujeto, más allá de su control. Su materia son los cambios, movimientos y eventos colectivos que, como el desplazamiento de las capas tectónicas, ocurren a lo largo de mucho tiempo, afectando el curso de la sociedad y las personas.

La trayectoria histórica incide en nuestra existencia, trastoca el proyecto vital, muchas veces de manera imprevista, sin que lo esperemos y sin margen de maniobra. Sabemos que golpeará, pero no sabemos cuándo, igual que un temblor de tierra. Un suceso se presenta de manera imprevista y no podemos pararlo. La guerra, la tiranía, la sequía, las vacas flacas sorprenden y no hay más remedio que enfrentarlas con las armas y herramientas que tenemos a la mano. Tal vez aún más que el proyecto personal, la trayectoria histórica da forma al conjunto del misterio de la existencia.

Yo me pregunto, ¿cómo se han alineado mis inclinaciones y mis aversiones, mi voluntad, mi razón y mis trabajos con el curso de la historia y la búsqueda de un sentido en la vida? ¿Qué efímero efecto han tenido mis esmeros bajo el peso descomunal de aquella gran corriente? ¿Qué rasguño he dejado en los tiempos, qué proeza de pestaña, qué miligramo he vaciado en el portentoso silo? No pretendo responder, aunque sé la respuesta. Quiero recordar los sueños y los actos

personales sobre el fondo de la historia. Ver a detalle la brizna que asciende por el vitral.

Cada individuo tiene una visión única de lo que ocurre en el mundo, no se diga en su esfera personal. Quiero conocer o acaso reconocer la mía, inventariar sus señas particulares con la ilusión de que interesen o sirvan. Sé que no tendrán mucho de extraordinario. Pero sé también que el interés y la curiosidad de la persona por todo lo que le resulta de verdad ajeno son extraordinarios. Por eso estas memorias, esta serie de recuerdos, emociones e incidentes históricos, algunos de ellos vividos, otros atestiguados o simplemente escuchados, pueden importar a algunos, ser útiles para otros, menos como una indagación del fenómeno social que de la experiencia vital.

Dejo, si tengo fortuna, un testimonio. Recojo aprendizajes, recuerdos y la certeza de unos cuantos apegos que me permitan seguir adelante y realizar los versos de Gregorio Marañón:

Vivir no es solo existir,
sino existir y crear,
saber gozar y sufrir
y no dormir sin soñar.
Descansar es empezar a morir.

Recuerdos en ausencia

Mi padre nació el 19 de enero de 1889 en Cortes de la Frontera, un pueblito de la provincia de Málaga en la Serranía de Ronda. Todas las poblaciones que llevan “de la Frontera” en su nombre están ubicadas en lo que fueron los límites de los reinos cristianos y musulmanes: Jerez de la Frontera, Cortes de la Frontera, Vejer de la Frontera.

Mis abuelos paternos no vivían en Cortes de la Frontera, pero mi padre nació en ese lugar porque mi bisabuelo mantenía allí un cortijo donde acostumbraban a ir a dar a luz sus hijas, incluida mi abuela. Transcurrida la labor de parto y un tiempo de reposición razonable, nunca más o solo esporádicamente, tal vez para pasar algún verano, volvían las madres y sus hijos al pueblo. A la fecha, nadie de la familia, que yo sepa, vive en Cortes. Yo visité el lugar hace más de un cuarto de siglo, solo para conocer la cuna de mi padre.

En esa única visita, que hice con Lucía, mi mujer, intenté encontrar en el registro de la propiedad algún dato que me permitiera identificar la finca. Todos los archivos habían arduo durante la guerra civil y no quedaba rastro de nada. Otro tanto había ocurrido en el Registro Civil de Cortes, por lo que tampoco pude obtener el acta de nacimiento de mi padre, ni de mis tíos ni de mis abuelos. Busqué la fe de bautismo

en la parroquia, también infructuosamente. En estas varias pesquisas solamente contaba con los nombres de mi gente y el apunte, impreciso pero curioso, de que en el cortijo había una encina que producía las bellotas más dulces de toda la comarca, por lo que se le conocía como La Confitera. Cuando insistí en esgrimir este dato, por si pudiera servir para ubicar la dirección del predio, los funcionarios en turno me miraron como a un loco y, por supuesto, nada pudieron aclarar.

Los recuerdos que mi padre conservaba de su pueblo natal eran muy vagos. Se limitaban casi exclusivamente al ambiente familiar alrededor de su abuelo. Pero solía narrar algo que se le había grabado en la memoria, por todo lo que tenía de esperpéntico. La profesora del pueblo, sin duda la más leída, tendía a la cursilería. Un día, mientras se asomaba por el balcón de su casa, vio a un hombre que pasaba con un burro cargado de carbón y le preguntó: “Hombre rústico, ¿a cuánto se cotiza el combustible que gravita sobre el dorso del cuadrúpedo?” El hombre, desconcertado y sin haber entendido una jota, se limitó a responder: “Tu puta madre”.

Mi padre tuvo cinco hermanos varones y una hermana. Todos los varones estudiaron la carrera de Derecho, como mi abuelo, que era abogado y juez, aunque el único penalista fue mi padre, tras hacer oposiciones para fiscal y para juez. Los demás se dedicaron al derecho civil, el derecho notarial o el registro público de la propiedad. Mi tía tenía una gran inteligencia, quizás la mayor de todas —tan grande, por cierto, como su mal carácter— pero, como era habitual en esa época, no fue a la universidad.

Todos los hermanos nacieron en Andalucía y, a pesar de haber viajado muchas veces por la península, mantenían un fuertísimo acento andaluz y unos sentimientos literarios,

musicales y culturales profundamente arraigados en la región. Todos compartían la afición por los toros, el flamenco y la poesía andaluza. Una muestra de esto fue la relación prácticamente de sangre con los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, extraordinarios dramaturgos profundamente andalucistas del primer tercio del siglo XX y de quienes conservo varios libros dedicados de puño y letra a mi tía.

Un primo hermano de mi abuela paterna —ambos Ruiz de apellido— era el padre de una guapísima actriz española, Carmen Ruiz Moragas. Divorciada del famoso torero mexicano Rodolfo Bernal Gaona, “El Califa de León”, se hizo amante de Alfonso XIII y tuvo dos hijos con él, un niño y una niña. La relación, ya deteriorada, terminó cuando el monarca debió dejar el país. Carmen murió muy joven, en tiempos de la República. Hijos de un padre oficialmente desconocido y huérfanos de madre, el destino de los niños quedó en manos de un consejo de familia presidido por mi abuelo e integrado, entre otras personas, por mi padre. Pero mi abuelo murió y, cuando estalló la guerra, mi padre debió abandonar España, por lo que la tutoría de los hijos del monarca recayó en mi tío José. Leandro, el mayor de los príncipes, escribió unas memorias que llevan por título *El bastardo real*. Lo conocí en un viaje a España. Al pasar enfrente de una librería, vi que esa tarde presentaría el libro. Asistí a la presentación, oí la charla, hice la fila para la firma y, cuando llegó mi turno, me presenté. La dedicatoria en mi copia de *El bastardo real* dice: “A mi querido primo mexicano”.

Estas y otras historias de los Serrano de España me han hecho preguntarme algo que hasta el día de hoy no he podido contestar: ¿cómo fue posible que, a partir de un medio familiar tan conservador como el suyo, mi padre, educado como todo

un señorito andaluz, evolucionara hacia posiciones democráticas y de izquierda? Mi padre fue el único miembro de su familia que militó en un partido de izquierda y defendió los principios liberales y de la República. No solo desentonó, sino que sus actos y convicciones fueron en detrimento de los lazos de sangre.

Su hermano Antonio, el menor de los hombres, tal vez por seguir la moda de participar activamente en la política tras la proclamación de la República, intentó hacerse masón. La organización lo rechazó porque se declaró ateo. Se sumó entonces a un grupo violento de extrema izquierda. Detenido por el gobierno, pasó un tiempo en la cárcel. Terminada la guerra, se presentó en las oficinas franquistas e hizo valer su condición de presidiario del gobierno republicano —“caballero excautivo”, según el vocabulario del momento— y obtuvo, después de ingresar a las fuerzas armadas, un cargo en la jerarquía militar. Poco tiempo después le envió una carta a mi padre, quien ya estaba en Francia, en la que ponía, conforme a la costumbre del bando vencedor, “Franco, Franco, Franco - Año de la victoria”. Mi padre le contestó: “Tè recuerdo que por culpa de ese hijo de puta estoy donde estoy”. Al poco tiempo, recibió una carta del padre de ambos, de su puño y letra, que decía: “Tu hermano Antonio te pide que no le vuelvas a escribir”. Mi padre murió sin volver a hacerlo. Cuando estaba enfermo del cáncer que lo llevó a la tumba, mi tía le dijo a su hermano Antonio: “¿Sabes que Paco tiene un cáncer muy avanzado?” Su contestación fue: “Que se joda”.

Varios años después, en mi primer viaje a España, mi tía me dijo: “Tu tío Antonio te quiere conocer”, a lo que le respondí: “Pero yo a él, no”. Luego supe por unas vecinas de ella, las hermanas Yllana, que Antonio se asomaba al balcón para verme pasar, cuando yo iba a visitar a mi tía.

Como buenos andaluces, todos eran muy supersticiosos y, por temor a la muerte, no hicieron testamentos. Antonio falleció intestado. En casos como este, la ley española vigente no contemplaba la libre disposición de los bienes. Al contrario, imponía una serie de limitaciones. Nos encontramos así con la noticia de que, a su viuda, por no haber tenido hijos, le correspondía una parte de la herencia solamente, y el resto a los hermanos. Como casi todos mis tíos habían muerto, los beneficiarios éramos nosotros. Había quedado a nuestra disposición, pues, una pequeña herencia que desde luego no habíamos previsto. Lo hablamos entre hermanos y de forma unánime decidimos renunciar a favor de la viuda. Tan mal se había portado Antonio con mi padre que a ninguno le apeteció recibir nada de él. A ella casi no la conocíamos. Yo la vi solo una vez, mucho tiempo después de que enviudó. Formalizado el repudio, ella nos mandó un libro a cada uno de nosotros agradeciendo la cesión de los derechos hereditarios.

*

Mi madre nació el 19 de enero de 1907 en Villanueva de los Infantes, provincia de Ciudad Real, en la región de Castilla-La Mancha. La familia Migallón había habitado ese pueblo desde tiempos inmemoriales. Mi abuela materna —Ordóñez, de primer apellido—, por el contrario, provenía de El Bonillo, otro pueblo de Castilla-La Mancha, pero ubicado en la provincia de Albacete. Entre ambas localidades hay unos cien kilómetros de distancia.

Mi madre tuvo ocho hermanos. Solo cuatro, dos hombres y dos mujeres, llegaron a adultos. Todos los embarazos de mi

abuela fueron muy complicados. Tuvo uno doble en el que cada bebé pesaba cuatro kilos y medio. Esto le ocasionó una diabetes terrible que acabó con su vida al poco tiempo del parto. No se sabe si tenía la diabetes cuando se embarazó o si la enfermedad resultó de ese embarazo tan voluminoso.

El peso social de los Migallón en Infantes era grande. La casa solariega de la familia se contaba entre las principales del pueblo y hoy sigue siendo una de las más notables y mejor preservadas. Mi abuelo la construyó con exceso de lujo. Se trata prácticamente de un pequeño palacio veneciano, de cuidada y grata ornamentación. Las pinturas que adornaban los plafones, por ejemplo, eran obra de Rafael de Infantes, un artista muy famoso en el Madrid de ese entonces.

No son pocos los personajes de Infantes, o que guardaron alguna relación con el lugar, que ya sea de manera honorable o vil llegaron a figurar y hoy son parte de la historia. Recuerdo a todos lo que hicieron política antes y después del periodo republicano. En particular a José Serrano Romero, gobernador civil de Ciudad Real de 1936 a 1937. También a Rafael Melgarejo Tordesillas, duque de San Fernando, cacique sempiterno de la comarca de Campo de Montiel que murió asesinado durante la Guerra Civil a manos de un tal Nova, un incontrolado como había tantos. Al empezar los registros, consideró su escondrijo poco seguro y salió por el tejado, donde permaneció agazapado varios días. Descubierta, trató de escapar por entre tejas y canalones, hasta que, finalmente, cayó en poder de sus persecutores. El asesino se suicidó al final de la guerra.

Hay otros dos personajes disímiles que, sin haber nacido ni vivido en Infantes, me han llamado la atención por haberse vinculado con los Migallón de allí y por su reputación. El primero es el general franquista Javier de Usúa. Casado con la cuñada

del médico del pueblo, acompañó durante el sitio de Leníngrado al general Agustín Muñoz Grandes, jefe de la División Azul que combatió junto al ejército Nazi durante la Guerra Mundial. De Usúa regresó del frente con una enorme cantidad de obras de arte, producto de la rapiña en territorio ruso, y las tenía en su casa. A pesar de su amistad con Muñoz Grandes, de Usúa solo fue ascendido a general cuando pasó al retiro.

En el extremo opuesto se encuentra el escritor, jurista y político Blas Infante, al que se debe una parte importante del pensamiento sobre Andalucía y lo andaluz. Su hermano Ignacio se casó con una prima hermana de mi madre, de nombre Elisa. Blas nunca estuvo en Infantes o si estuvo fue solo de paso, pero su labor y presencia en la región lo hacen digno de los mejores recuerdos. Nació en Málaga en 1885, apenas unos años antes que mi padre, a quien conoció. Desde muy joven se dolió por la condición de los desfavorecidos y cultivó una fina devoción por su tierra. A inicios del siglo XX ya había delineado una actitud y una visión política andalucistas. Fundó el movimiento regionalista de Andalucía, fue partidario de una república federal, perteneció al Partido Republicano y creó los símbolos de la región: el himno, adaptando un canto de segadores, la bandera y el escudo. Apenas estalló la guerra, fue extraído de su casa junto con otras personas y conducido por el camino de Sevilla a Carmona. A medio trayecto, los hicieron bajar del transporte y los asesinaron brutalmente.

*

Mi padre hizo oposiciones para juez-fiscal en 1923. Su primer destino fue Villanueva de los Infantes, donde

conoció a mi madre. Después de tres años de noviazgo, se casó con ella el 21 de enero de 1926. En noviembre de ese mismo año nació mi hermana mayor, y con una frecuencia casi matemática, cada diecisiete meses, los otros cuatro.

A los tres años de ejercer como juez de primera instancia en Villanueva de los Infantes fue trasladado a Huelva. Ahí la creciente familia vivió otros tres años. Inconforme con el gobierno del general Primo de Rivera, en 1929 pidió y obtuvo la excedencia, es decir el permiso para dejar la carrera judicial, y así poder dedicarse al ejercicio libre de la profesión. La familia se trasladó a la capital manchega, Ciudad Real, donde la alcanzó el inicio la guerra civil. Siguieron Valencia, Barcelona, Amélie-les-Bains en Francia y, finalmente, México.

En contraste con el poco apego que la familia tuvo en Cortes de la Frontera, el arraigo en Infantes y, en general, en La Mancha siempre estuvo muy vivo en mi madre, en mis hermanos y también en mi padre, quien había iniciado ahí su carrera profesional y ejercido algunos cargos políticos tras su afiliación al Partido de Unión Republicana.

El fundador y dirigente de Unión Republicana era Diego Martínez Barrio, con quien mi padre mantenía de tiempo atrás una cercanísima amistad, no solo ideológica sino también de paisanaje, pues don Diego era de Sevilla, la capital andaluza. Mi padre fue candidato a diputado, gobernador civil interino y jefe regional del partido.

Origen sin raíces

El 17 de julio de 1936 estalló la guerra civil en España, una conflagración que, en mayor o menor medida, alteraría la vida de todos los habitantes del país. En el caso de mi familia, el trastorno fue enorme. El curso que seguían las vidas de mis padres y hermanos cambio drásticamente.

Por su cercanía a Martínez Barrio, a la sazón presidente de las Cortes, nombre oficial del Congreso de los Diputados, mi padre se trasladó esa misma semana a Madrid, para reunirse con él. Esta circunstancia quiso que estuviera presente en el momento en que el presidente del Consejo de Ministros, Santiago Casares Quiroga —cuya actuación durante los días y las horas anteriores al inicio de la guerra había sido de lo más desafortunada— pidió que lo relevaran de su cargo. La respuesta lapidaria de Martínez Barrio llegó a los oídos de mi padre: “Estamos aquí frente al cadáver de la República. Por lo menos acompañenos a enterrarlo”.

En esas horas sombrías, el presidente Azaña pidió a Martínez Barrio, ante la dimisión de Casares Quiroga, que formara un gobierno de integración nacional, para evitar lo que sería un conflicto, como se vio, de grandes proporciones. Habló con Lluís Companys, presidente de la Generalidad de Cataluña, quien a cambio de su apoyo exigió que al final del

conflicto se realizara un plebiscito donde los catalanes decidieran su futuro. Martínez Barrio le preguntó si con ello se refería a elegir entre la independencia, la unión a Francia o la permanencia en España, a lo que Companys respondió que sí, que esa era la idea. Martínez Barrio se negó.

Otra llamada importante fue con el general Emilio Mola, jefe de los sublevados. Lo conocía de tiempo atrás y, sin ser amigos, mantenían una relación más que cortés. Le ofreció el cargo de ministro de Guerra, para evitar así el levantamiento de los militares y lograr un gobierno fuerte que pudiera evitar los desórdenes callejeros. Por toda respuesta, Mola le dijo que la suerte estaba echada, que cumpliera con su deber como él iba a cumplir con el suyo. Lo que hizo en realidad fue desencadenar el más terrible conflicto en la historia de España.

También se comunicó con José Antonio Aguirre, presidente del Partido Nacionalista Vasco. Dada su religiosidad y cercanía con la Iglesia católica, la región había estado indecisa. Las creencias y la fe de su gente, afines a los franquistas, contrastaban con un arraigado sentimiento nacionalista, que chocaba con los sublevados. Aguirre pidió a Martínez Barrio que se acelerara la aprobación del estatuto de autonomía de los vascos, lo que ocurrió, y Euzkadi se mantuvo fiel a la República.

Al volver de Madrid, mi padre fue nombrado gobernador civil de Ciudad Real, llamada a partir de entonces “Ciudad Leal”, por su refrendada adhesión a la República. Se mantuvo en ese cargo hasta el mes de noviembre del mismo año, cuando el gobierno republicano se trasladó a Valencia y lo designó fiscal de esa provincia. El cargo, como he dicho, no tenía mucho peso, pero como los poderes republicanos tenían ahora su sede en Valencia, cobró mayor relevancia. Durante el tiempo que el gobierno residió en esa ciudad, la familia, con

excepción de mi padre, lo hizo en Villanueva de los Infantes. Ahí, mi madre tuvo la desgracia de asistir al fallecimiento de su única hermana.

Cuando se hizo evidente que el conflicto armado duraría mucho más de lo previsto y se supo que el gobierno iba a establecerse en Barcelona indefinidamente, toda la familia se reunió en Cataluña. Era principios de 1937. La sede de la Fiscalía estaba en la capital catalana, pero la casa que se le asignó a mi padre estaba en San Felú de Codinas, un pueblito más o menos retirado, en la comarca del Vallés Oriental. Así que mi padre salía temprano y no volvía sino hasta pasadas las seis, después de haber soportado los bombardeos que asolaban a diario a la capital. Más o menos a resguardo, mi madre y mis hermanos permanecían en el pueblo.

El 17 de febrero de 1939, un enviado acudió a la casa de San Felú para entregar a mi padre una nota de Martínez Barrio en la que le informaba que al día siguiente el gobierno cruzaría la frontera. La familia se aprestó a hacer lo propio y, esa misma tarde, dejó el hogar rumbo a Francia. La maniobra resultó especialmente dura porque justo en ese tiempo mi padre convalecía de una lesión en la columna vertebral, debida a un accidente de auto, y tenía el torso escayolado.

Con lo poco que cabía en unos cuantos paquetes, un auto los transportó por caminos vecinales hasta La Junquera, cinco o seis kilómetros al sur de la frontera. Al despedir a la escolta, mi padre le regaló la pistola que llevaba a uno de ellos. Otro le confesó ahí mismo que era camisa vieja, es decir afiliado de la Falange, y que tenía instrucciones de liquidarlo al final de la guerra, lo que afortunadamente no cumplió. La familia abandonó España por Le Perthus, un pueblo pequeño que existe a caballo entre ambos países.

Ya en territorio francés, debieron decidir a dónde ir. Las poblaciones costeras cercanas, como Portbou y Colliure, así como Le Perthus, se encontraban saturadas de españoles. Pensaron entonces en lugares de los Pirineos, tierra adentro. De los dos que parecían más viables, Vernet-les-Bains y Amélie-les-Bains, eligieron el segundo porque ahí mismo vivía el doctor Joaquín D'Arcourt, que atendía a mi padre de la lesión de columna. Esta zona tampoco tardaría en quedar inundada de refugiados, contrariando a los oriundos, que asumían una actitud cada día más hostil para con los asilados.

Sin pretender justificar los maltratos y la agresividad que encontraron los perseguidos en ese país —y señaladamente en la región del sur—, debo decir que en general Francia se portó mejor que el resto de las naciones europeas. Llenas de animadversión hacia la República, Alemania e Italia infundían temor a los españoles, y no los habrían tratado mejor. De no ser por Francia, la inmensa mayoría del medio millón de personas que cruzaron la frontera entre febrero y abril de ese año habrían muerto. Ningún otro país de Europa —incluidos Suiza, Inglaterra, los escandinavos y, por supuesto, Portugal— hubiera abierto sus fronteras.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la ocupación alemana de Francia, la policía franquista empezó a secuestrar y devolver a España a refugiados republicanos. Entre las muchas víctimas estuvieron Lluís Companys, Francisco Cruz Salido, Julián Zugazagoitia y Cipriano Rivas Cherif. Uno de los emisarios franquistas que llegó a Amélie le mostró a Fernando Alonso Medina, militar republicano con el que mantenía una relación de afecto a pesar de las profundas

diferencias políticas, una lista de personas a detener en la que figuraba mi padre. Alonso Medina se lo comunicó de inmediato a mi padre quien, por intermediación de la Embajada de México en Francia, fue confinado a Dun-le-Palleteau, un pueblo en el departamento de Creuse, a más de 400 kilómetros de los Pirineos. Ahí permaneció oculto hasta 1942.

Cuando viví en Francia, quise visitar Amélie-les-Bains y Dun-le-Palleteau. Recorrí de arriba abajo Amélie. En el número 1 de la Avenue du Vallespin reconocí la casa donde vivió mi familia, a unos metros solamente del Mondony, un torrente que, a escasos pasos de allí, desemboca en el río Tech. Los balcones laterales miran desde una altura considerable el puente viejo de piedra, la rambla apaciguada y el paseo de árboles que juegan en ella a las luces y sombras. Vi también la panadería, la torre fortificada y otros sitios de los que había oído hablar en casa.

Nunca encontré, en cambio, Dun-le-Palleteau, en Creuse. Ni los datos que me había proporcionado mi hermana ni las señas de la gente de la región pudieron conducirme ahí. Simplemente no estaba, lo habían borrado del mapa. Tiempo después, ya de vuelta en México, supe por unos amigos franceses de esa región que, tras la liberación del pueblo al final de la Segunda Guerra Mundial, había cambiado de nombre y ahora se llamaba Dun-le-Palestel. Demasiado tarde.

*

Mientras mi padre estaba refugiado en Creuse, mi madre y mis hermanos varones regresaron a España. Se instalaron en la casa familiar de Villanueva de los Infantes. La sorpresa que encontraron fue que, fallecido mi abuelo, su hijo mayor,

Ángel, se había apoderado del inmueble. Como típico varón en una familia conservadora de entonces, no estaba nada contento de que su hermana, casada con un rojo, ocupara el hogar, por lo que, el día de su arribo, para evitar recibirla, salió del pueblo junto con el resto de la familia. Más delicado aún era que, tan pronto como se supo que mi madre estaba en Infantes, un agente de policía se emplazó afuera de la casa. Además de asegurarse de que, en efecto, mi padre no estuviera allí, intervino el teléfono para saber si llamaba y desde dónde. Su estancia se prolongó durante todo el tiempo que mi madre y mis hermanos estuvieron en Infantes.

Mi madre pidió una copia del testamento de su padre y una relación de los bienes heredados. Solo recibió largas. Tampoco pudo obtener ninguna información del legado de su hermana, fallecida un año antes, sin esposo ni hijos. Nada en claro pudo sacar, pero la herencia debió de haber sido cuantiosa. Aunque la había administrado mi abuelo, la parte más sustancial provenía de mi abuela. Sin información alguna sobre la voluntad del padre y la hermana, y por supuesto sin una peseta de las herencias, mi madre quedó en una situación precaria. Años después, ya en México, mi padre le propuso presentar una denuncia contra Ángel, a lo que ella se negó. Tomada esta resolución, nos pidió a todos que olvidáramos el asunto e hiciéramos tabla rasa, como ella había hecho, lo cual cumplimos cabalmente. Quien sí demandó judicialmente a Ángel fue su hermano menor, José, para obtener su parte de la herencia.

Mi madre recordaba esos cinco años en Infantes como la peor época de su vida. La represión franquista había alcanzado su punto más álgido. Por completo excluidos, ella y mis hermanos debieron sobrevivir con lo poco que obtenían de malvender bienes, objetos y algún terreno.

Hay una cuestión que siempre ha sido soslayada por la familia Migallón. Tampoco se abordaba socialmente. Cuando, años después, visitamos el pueblo, nunca nadie la mencionó, ni siquiera por alusión. Mucho menos en la época de Franco. Muy de vez en cuando se oía por ahí algún comentario impreciso. Tal vez alguien de absoluta confianza se atrevía a comentar esto o aquello. Me refiero a la represión que se desató tras la victoria de los sublevados y, por contraste, la forma en que la gente engalanó las calles, las plazas y los edificios de Infantes para recibir a las tropas de Franco, cuando entraron triunfalmente.

En Infantes no hubo muertos durante la guerra civil. Pero con la entrada de las tropas franquistas, se impuso en la población un régimen del terror y los primeros días fueron espantosos. Encabezaban el destacamento los moros del Tercio, mercenarios de la Legión Extranjera provenientes del norte de África que habían combatido para el bando de Franco. Los moros se instalaron en las casas de los rojos y, además de techo, exigían comida y sustento. Como La Mancha había sido una región republicana hasta el final de la guerra, actuaron con saña contra la población en general. El alcalde de Infantes, un republicano de nombre Braulio Martín que tenía fama de ser una muy buena persona y que, durante el conflicto, protegió a todos los perseguidos, se había escondido. Los moros de Franco lo capturaron, lo vejaron y lo sometieron a juicio en la plaza. Mediante una votación a mano alzada, la población lo condenó a muerte y, unos días después, fue ejecutado.

Juatoño, un pobre muchacho con deficiencias mentales evidentes que tenía por costumbre deambular por Infantes, despertando siempre el cariño y la conmiseración de los vecinos, fue abatido a tiros por los moros cuando, sin conciencia

de lo que estaba ocurriendo, los vio desfilan por la calle principal y, alzando el puño, grito “Salud”, que era el saludo que había atestiguado y oído una y otra vez en los últimos años. Sin siquiera detenerse a sopesar la situación, lo acibillaron ahí mismo.

Los parientes de mi madre que ocupaban la casa del abuelo abrieron los baúles que contenían la ropa de casa de mis padres y utilizaron las colchas y cortinas para engalanar los balcones y recibir festivamente a los triunfadores. Como este, podría citar otros ejemplos, pero creo que estos bastan para ilustrar las tensiones y la actitud que prevalecía entre una población que, atemorizada, quería congraciarse lo más posible con los ocupantes.

*

Entretanto, mi padre, convencido de que la Guerra Mundial podía prolongarse mucho tiempo, decidió viajar a México, aunque ello implicara apartarse aún más de mi madre y mis hermanos y esperar la caída del gobierno dictatorial, algo que creía inminente.

La lista de quienes integraron en el verano de 1939 la primera gran expedición de refugiados españoles que partió a México a bordo del buque de vapor Sinaia, había sido sumamente criticada, toda vez que se trataba casi exclusivamente de militantes del Partido Comunista de España, en detrimento del resto de republicanos perseguidos. En vista de lo anterior, el embajador de México en Francia, Luis I. Rodríguez, un hombre de gran talento y convicción a quien mi padre conocía, se dio a la tarea de crear una comisión con representantes de todos los partidos políticos y los sindicatos

más importantes para que elaboraran listas de la gente que partiría en los siguientes viajes; mi padre tomó parte como integrante de Unión Republicana.

Mi padre abordó en Marsella el vapor Nyassa, en la penúltima de las llamadas “expediciones masivas de republicanos”. Tras una escala en Casablanca, Marruecos, el 30 de abril de 1942, llegó al puerto de Veracruz el 22 de mayo. Como todos los demás españoles en la misma situación, mi padre fue recibido por un oficial de la Secretaría de Gobernación que debía verificar su ingreso al país y conocer si tenía documentos. Como no era el caso, el agente lo emplazó para que acudiera a la Secretaría a regularizarse. Un representante de las asociaciones al servicio de los republicanos le dio ahí mismo una cantidad de dinero pequeña pero que debía bastar para su traslado a la capital.

Tomó el tren al día siguiente. Le llamó la atención el entorno natural, particularmente el del tramo entre Orizaba y Córdoba, con su rica y exuberante vegetación, y más adentro las grandes cadenas de montañas y volcanes, tan distinto de lo que había conocido hasta entonces.

Nacer en ausencia

Hubo muchas circunstancias que dificultaron la adaptación de los refugiados españoles. Empezar una nueva vida en un país diferente nunca es fácil. Y hacerlo porque no queda más remedio, porque es eso, la muerte o la prisión, mucho menos. Quienes conformaron el exilio republicano en México enfrentaron además el resquemor, cuando no el rechazo abierto, de los españoles de migraciones anteriores, una suerte de colonia de signo conservador muy asentada en el país. Esta “antigua colonia” veía en ellos a elementos comunistas o “rojos”, violadores de monjas e impíos. En la mayoría de los países de América Latina, las colonias españolas estaban del lado del gobierno republicano. En Argentina, estuvieron divididos.

Cuando esos españoles tuvieron noticia de la salida de los primeros barcos de refugiados con destino a México, arreciaron su campaña. Las críticas de toda índole —racial, laboral, ideológica, política— y la beligerancia para impedir que los peregrinos tocaran tierra eran cosa de todos los días. Basta recordar las rogativas en distintos templos católicos a efecto de que los barcos naufragaran y no pudieran llegar a costas mexicanas.

Aunque ocurrió, tomó tiempo para que esta actitud desapareciera. Una anécdota que se hizo famosa, por los

apellidos de los personajes y las repercusiones, habla de lo accidentado del proceso. Un muchacho refugiado se hizo novio de una chica española cuyos padres, gente de mucho dinero, hacía tiempo que vivían en México; decidieron casarse; en las bodas de esos inmigrantes era costumbre tocar, en el momento de la consagración, la *Marcha Real*, que había sido adoptada como himno por el gobierno de Franco. Escucharla resultaba intolerable para los republicanos y sus hijos, por lo que se pidió al sacerdote evitarla, tras así acordarlo. Pero un día antes de las nupcias, la madre de la novia se reunió discretamente con el cura y, tras ofrecerle una cuantiosa limosna, le pidió que la “Marcha” sonara en el momento indicado. Apenas escucharon los primeros acordes, el novio, su padre y la mitad de la concurrencia se pusieron de pie y abandonaron el templo.

Entonces como ahora, había mexicanos que veían a España como el país conquistador y a los españoles como explotadores, dueños y operadores de negocios sin prestigio, como tiendas de abarrotes, panaderías o, peor aún, cantinas y hoteles de paso. Pero este sentimiento no imperaba. La población en general y el gobierno de México, sobre todo el de Cárdenas, se inclinaban a favor de los republicanos. A esta buena voluntad se sumó, por supuesto, el uso del español.

Que los refugiados y los mexicanos hablaran la misma lengua facilitó en gran medida la integración. Había, sin embargo, pequeñas diferencias. Recuerdo el caso de una mexicana joven, guapa y simpática, que contrajo matrimonio con un exiliado. Los recién casados se llevaban muy bien, pero la forma de hablar, la aspereza con la que él se expresaba, la hacían lamentarse. Tenía amistad con una pareja de españoles que vivían en el piso de abajo, y la queja era siempre la misma:

“Pedro es muy bueno, me trata bien y lo quiero mucho, pero en cuanto se enoja, luegoito, luegoito, me manda a la mierda”, algo que para ella era una terrible afrenta.

A los factores sociales que facilitaron o dificultaron la adaptación de los migrantes, se deben añadir los factores personales. La edad fue determinante. En general, quienes llegaron a México con menos de veinticinco o treinta años se habituaban más rápido y mejor que los de mayor edad. El oficio o la profesión igualmente pesaron mucho. Los profesores de cualquier nivel, los intelectuales, los artistas, los ingenieros, los arquitectos y los médicos tenían ventaja sobre los militares —quienes como extranjeros no podían tener cabida en la defensa de la soberanía— y los abogados —que no conocían las leyes ni el sistema judicial mexicanos, como comprobó mi padre. Y también tuvo que ver la situación personal. Los inmigrantes que llegaron con familia tenían una red de apoyo y un núcleo de convivencia que los fortalecía, sobre todo si, además de la pareja y los hijos, con ellos venían los primos, tíos, sobrinos... La familia ampliada equivalía a un sistema seguro de asistencia recíproca, convivencia e identidad. Muy difícil la tuvieron quienes vinieron completamente solos, ya sea porque no tenían una pareja estable ni hijos o porque habían tenido que separarse de ellos. Debieron hacer frente a esa grave soledad y a la necesidad de formar sus propias familias, ya fuera con mujeres españolas del exilio o mujeres mexicanas. Aunque con el tiempo se suavizaron, tal vez porque preferían que sus hijos se casaran con gente de su mismo origen étnico, no obstante, la ideología, al principio las familias de la colonia española rechazaron a los refugiados abierta y violentamente, como ya he dicho. Mi padre llegó solo y permaneció así dos años.

Siempre me llamó la atención lo distintos que podían ser los recuerdos que mis hermanos guardaban de España. Las decisiones tomadas y la suerte habían querido que tuvieran experiencias disímiles o que experimentaran de maneras diferentes las mismas situaciones.

Francisco, José Antonio y Rafael Ángel tenían algunos recuerdos muy gratos de Infantes. Añoraban la casa familiar, las callejuelas del pueblo, los amigos que habían dejado atrás, las comidas, el colegio. Aunque nadie, ni amigo ni pariente, se había dignado recorrer con ellos, cuando tuvieron que salir del pueblo, los veinte kilómetros que hay entre Infantes y Valdepeñas, mucho menos los doscientos de ahí a Madrid, por lo que la familia tuvo que tomar sola el destartado autobús conocido como “La Pava”, que cubría el primer tramo, para después ir en tren a Madrid y de ahí a Portugalete; aunque nadie los había acompañado, digo, mis hermanos evocaban con emoción la despedida final con la mayoría de los vecinos ahí presentes.

Mi hermana, en cambio, no podía olvidar los agravios, los insultos, la hostilidad general. De no haber contraído matrimonio con un francés y vivir en Francia, creo que difícilmente hubiera vuelto a España. Ella estaba saliendo de la pubertad y convirtiéndose en mujer cuando estuvo en Infantes. ¿Se debió a esto que su experiencia fuera tan distinta?

Otra diferencia abismal: cuando inició la guerra, Rafael Ángel tenía apenas dos años. Paco había cumplido doce. Mientras el menor tenía poca conciencia, el mayor ya estaba despierto a todo. Paco era muy sensible, el que más, y toda su vida tuvo pesadillas sobre la época de la guerra y la posguerra.

Revivía los bombardeos que cada hora se abatían sobre Barcelona. Aunque la casa familiar estaba en las afueras, los aviones pasaban cerca de allí y el retumbar de las bombas llegaba cada sesenta minutos, tal como lo tenía programado la infame Legión Cóndor, a cargo de los ataques. Y revivía también esa hora aciaga de la madrugada en que sacaban a los presos políticos de la cárcel de Infantes —que estaba justo enfrente de la casa de mi abuelo— para fusilarlos en el cementerio; los condenados, al momento de subir a la camioneta que los llevaría a la muerte, gritaban a todo pulmón “Viva la República”. Entonces se desataba el llanto de los familiares, y todo ese ruido despertaba a Paco, que, aterrado, no podía volver a pegar un ojo en toda la noche.

En Infantes, Pepe tuvo un grave problema pulmonar. El médico le dijo a mi madre que, si no lo alimentaba bien, con toda probabilidad contraería tuberculosis, una enfermedad que, dada la miseria de la posguerra, se enseñoreaba en todo el país. Así las cosas, mi madre debió aceptar las condiciones leoninas y ceder un terreno en el centro del pueblo —el único bien que había podido obtener de la herencia de su hermana Pura— a cambio de un puerco. El animal les permitió alimentarse una larga temporada, sobre todo a los menores, Pepe y Rafael Ángel, que eran los más frágiles.

Yo no sé si, tras vivencias de guerra y terror como estas, el cuerpo y el espíritu pueden recuperar la paz. Me imagino que incluso las personas más templadas mantienen tenso un resorte, un reflejo que les permita reaccionar en momentos de peligro. Un instinto y una muy justificada aversión. Paco y José Antonio nunca dejaron de temer y enfrentar a su modo al franquismo. Ni siquiera en México, a casi diez mil kilómetros de distancia de España.

Ya en la capital del país, mi padre debió buscar de inmediato alguna manera de sobrevivir. Lo primero que consiguió fue un trabajo de vendedor ambulante. Iba de un comercio a otro en el centro de la ciudad ofreciendo artículos de mercería, en especial hilos y botones. Un posible cliente quiso saber por qué los botones de plástico que le ofrecía eran más caros que los de nácar que él vendía, a lo que no supo responder. Fue su primer fracaso comercial.

Compartió una habitación en la calle Basilio Vadillo, atrás del edificio de la Lotería Nacional, en la colonia Tabacalera. Su compañero de cuarto, otro español al que recién había conocido, lo invitó a trabajar en una compañía de seguros, La Comercial, S.A., donde fue bien recibido. Así empezó una labor por completo ajena a todo lo que había hecho hasta entonces y a la que se dedicaría por el resto de su vida.

Quiso incursionar en otras actividades. Fundó, con su amigo Alonso Medina, un negocio de importaciones y exportaciones: Serrame. Combinación de los apellidos Serrano y Medina, el nombre fue un presagio de lo que conseguirían: un absoluto fracaso. También intentó ejercer su profesión. No tenía un título profesional que lo acreditara como abogado, pero la generosidad de México facilitó los trámites administrativos. El primer caso que llegó a sus manos fue penal. Renunció el mismo día que fue a conocer a su cliente a la antigua cárcel de Lecumberri, donde intentaron cachearlo. Hasta ahí llegó su deseo de ejercer la abogacía en México.

Mi padre nunca retomó sus gustos y aficiones españoles, ni siquiera cuando mi madre y mis hermanos se reunieron con él. En España salía al campo, iba de cacería, asistía a

encuentros de fútbol y corridas de toros, dos de sus mayores aficiones, además de su intensa actividad política. En México, por desidia, abulia o depresión, se privó de todo esto. Su vida en el exilio se redujo a trabajar, tomarse un exprés en alguna de las peñas que se reunían en los cafés del centro de la ciudad, comer en casa, y asistir al Centro Vasco u otro centro español a jugar una partida de dominó con amigos refugiados, acompañado de un segundo exprés. A él le gustaba el chamelo, variedad del dominó que para los entendidos no tiene mayor mérito, pero que le permitía pasar el rato.

*

El resto de la familia permanecía en Europa, más o menos disgregada. Mi hermana mayor se había quedado en Amélie-les-Bains. La familia Fraguas la había acogido y se había vuelto casi parte de ella. Vivió ahí casi un año. Después se trasladó a Madrid y de Madrid a Infantes, donde tuvo que soportar el desprecio y los maltratos de familiares y amigos. Tuviron que pasar dos años desde su llegada a México para que mi padre, mediante un préstamo de la aseguradora, pudiera costear el viaje de mi madre y mis hermanos a América.

La salida de España no fue sencilla. Le negaban a mi madre el pasaporte, lo mismo que a mis hermanos, por lo que debió intervenir uno de mis tíos Serrano, muy cercano al gobierno franquista, para destrabar la gestión. Por fin, un día de mayo de 1944, se embarcaron en el puerto de Portugalete. Fueron muchos los españoles que atravesaron el Atlántico a bordo del barco “Marqués de Comillas” en plena Guerra Mundial, entre ellos mi familia. En días claros, desde cubierta se alcanzaban a ver los periscopios de los submarinos.

Hicieron tierra primero en Barranquilla, Colombia, el 6 de junio. Dos días después, en La Habana. Estaban en pleno curso las campañas políticas que desembocarían en la elección de Prío Socarrás, del Partido Revolucionario Cubano Auténtico, al que cuatro años después derrocó el golpe de Estado de Fulgencio Batista. Por razones que nunca hemos comprendido, mi madre y mis hermanos no pudieron continuar el viaje a México. Forzados a descender del barco, fueron conducidos a un campo de concentración en las inmediaciones de La Habana, “Tricornia”. Estuvieron detenidos diez días. La liberación se debió, una vez más, a la intervención de la Embajada de México. El 18 de junio volaron a la Ciudad de México vía Mérida.

La escala en la capital yucateca dejó gran impresión en todos ellos, pero sobre todo en mi madre. La confundió especialmente la manera de vestir de las mujeres. En aquella época, era mucho más frecuente que ahora el vestido de mestiza y, sin saber qué esperar en un país del que conocía muy poco, se preguntaba si ella también tendría que vestirse así. En cambio, la tranquilizó que el acento yucateco, sin duda particular, se parecía mucho más al de España que el que había escuchado en Barranquilla o La Habana.

Como es de suponer, lo más emocionante del viaje fue la llegada a la Ciudad de México. Mi madre, que no había visto en cinco años a su marido, quien había perdido más de treinta kilos y envejecido notablemente. Por las pérdidas de su única hermana y su padre, iba siempre de riguroso luto, lo que le imponía un aspecto triste y lúgubre; y había padecido, lo mismo que mis hermanos, los sinsabores de la represión franquista.

Mi padre, que se había mudado al departamento de la avenida Ramón Guzmán, hoy Insurgentes Centro, en la colonia

San Rafael, recibió a su familia con un banquete de frutas mexicanas: chicozapote, zapote negro, mango, mamey, chirimoya, piña y papaya, por completo desconocidas para ellos. Toda esa algarabía de sabores deslumbrantes les fascinó, con excepción del mango, que tenía para su gusto cierto sabor a resina que tardarían en apreciar. Como a mi padre, también las tortillas de maíz les parecieron insípidas e incluso desagradables, parecer que con el tiempo cambiaría. Asimismo, en el nuevo hogar había otra presencia importante: Alejandrina, la trabajadora doméstica, entonces de diecisiete o dieciocho años, que siguió unida a la familia por el resto de nuestras vidas.

*

Muy pronto, los recién llegados tuvieron que enfrentar la nueva realidad. Mi hermana debía decidir qué hacer, si trabajar o estudiar, y dónde hacerlo. Mis hermanos mayores no habían completado la preparatoria. Les correspondía esa ocupación. Y el menor, muchos años más joven que los demás, tenía que terminar la primaria.

Por su parte, mi madre procuró un espacio social para la familia en una ciudad totalmente desconocida. El punto de contacto más a la mano estaba allí mismo, en el edificio. En el mismo piso dos vivía la familia Fanjul y, en el piso de abajo, los Morayta. No mucho después llegaría la familia Candela. Estas fueron sus primeras amistades y quizás también las más cercanas de su vida en México. Eran, como la nuestra, familias españolas recién llegadas. Las unió la vecindad, las circunstancias afines y sobre todo, tal vez, una premura común: cómo actuar en ese entorno, qué hacer, qué evitar, qué comprar, y dónde y cómo comunicarse. A diferencia nuestra, las

familias Fanjul y Morayta tenían parientes y amigos en México que con los años se volvieron amistades nuestras.

Mi hermana María Ana se inscribió en una academia de corte y confección en la que aprendió ese oficio de forma sobresaliente. Francisco y José Antonio, los varones de más edad, se matricularon en el Instituto Luis Vives, a unas cuerdas solamente de casa, y Rafael Ángel, el pequeño, terminó la primaria en el Colegio Madrid.

Al poco tiempo de llegar a México, mi madre se embarazó. El día 26 de junio del año siguiente (1945) nací yo, Fernando, el sexto de sus hijos. Había dicho que entre un hermano y el siguiente mediaban diecisiete meses exactos. Entre Rafael Ángel y yo había once largos años. María Ana me llevaba casi dos décadas. Crecí en un mundo de adultos, rodeado invariablemente de gente mucho mayor que yo y falto de compañeros de mi edad, con la sola excepción de los niños del edificio.

Hasta qué punto vivíamos inmersos en lo español es algo que se echa de ver en el cuidado de la salud y la educación. Los profesores del Colegio Madrid y el Instituto Luis Vives, así como muchos de la Universidad, provenían de España. Todos eran conocidos y, en algunos casos, amigos nuestros. Nos atendían médicos españoles cercanos a la familia. El ginecólogo que trataba a mi madre, integrante en su momento de Izquierda Republicana, había sido gobernador civil de Albacete. Se llamaba Arturo Cortés y atendía en el hospital El Carmen, que todavía funciona con otro nombre, en la calle Quintana Roo de la colonia Roma.

Mi madre —dije arriba— había parido a todos mis hermanos en la casa de su padre. Ni en el pueblo, ni en los alrededores, había centros médicos, por lo que las mujeres daban a luz en sus hogares, algo bastante propio de la época. La